

Carisma y Pedagogía

Conferencia para el
III Congreso Nacional de la
Pedagogía Amigoniana

Juan Antonio Vives Aguilera

Madrid, 12 de noviembre de 2015

Ambientación

El *carisma* –dejando de momento aparte cualquier otra consideración de índole trascendente– hace alusión a un determinado *modo de ser* y a un consecuente *modo de actuar*. Es decir, hace referencia al unísono a los sentimientos y valores que *configuran, determinan y distinguen* la *identidad* de una persona o de un *colectivo* –como en este caso– y que, en *sintonía vital*, se *expresan y manifiestan* en su *quehacer*.

Ahora bien, esos *sentimientos y valores* que *identifican el ser y el hacer* tienen siempre determinadas fuentes de inspiración. Y en el caso concreto de la *amigonianidad* –que es el que aquí y ahora nos ocupa– la principal *f fuente inspiracional* se encuentra en su *espiritualidad*, como puse ya de manifiesto en el *Congreso Centenario de la Pedagogía Amigoniana* –celebrado en abril de 1991 en los locales del Colegio Santa Rita de esta misma ciudad– en el que me referí ya a la *Relación existente entre Carisma y Pedagogía*, y como explicité con más detenimiento y profundidad en mi obra *Identidad Amigoniana en Acción*, en la que afirmo sin ambages: “La pedagogía amigoniana no es sólo cristiana por *cultura* –como se ha venido insistiendo en este escrito– sino que lo es también por *fe*. Consecuentemente, quien quiera internarse en profundidad en el *ser y hacer* amigoniano, no podrá renunciar nunca a *saborear*, de alguna manera, el *sentimiento religioso* que inspira sus primeras y más vitales raíces. Ello, como es lógico, no implica el que la persona tenga necesidad de identificarse, desde la fe, con ese sentimiento religioso. El evangelio no es sólo una *buena noticia* para el que cree que Cristo es el hijo de Dios, sino que también lo es, de algún modo, para el que reconoce en Jesús a un *gran maestro de humanidad*”¹.

Hoy quisiera presentar la inspiración carismática de la Pedagogía Amigoniana a través de *cuatro poemas*, de los que, a mi entender– va asimilando, el *ser y hacer amigoniano*, los principales sentimientos y valores que le confieren su sello de autenticidad. Estos *poemas* –de corte bíblico todos ellos– son:

- El poema de la *compasión*.
- El poema del *acompañamiento*.
- El poema de la *esperanza*.
- El poema de la *inclusión*.

1. *El poema de la compasión*

Pedro –el apóstol– cuando quiere sintetizar en una sola frase la actuación del Maestro dice: “pasó haciendo el bien” y, matizando aún más ese transitar por la vida, añade: “paso curando a los oprimidos”², o dicho aún de otra manera, no pasó de largo ante las necesidades de quienes iba encontrando en su camino.

¹ VIVES AGUILLELLA, Juan Antonio, *Identidad Amigoniana en Acción*, p. 106.

² Hch. 10, 38.

Hablar de *compasión* –o si de prefiere de *misericordia*– es aludir al principal de los valores que distinguen e identifican la *amigonianidad*.

Precisamente por ello, como lema de los 125 años de fundación –cuyas celebraciones se clausurarán en la Provincia Luis Amigó con este Congreso– se escogió como lema: *viviendo compasión*, en sus dos vertientes interpretativas: *viviendo con pasión* –con entusiasmo, con vehemencia, con fuerza vital– la propia identidad, y *viviendo (la) compasión*, haciendo vida en uno mismo este valor tan propio del ser y hacer de los amigonianos.

Compasión –misericordia– es la capacidad de traer al propio corazón las necesidades, las carencias, las miserias de los demás; la capacidad de hacer propias esas mismas carencias y de colaborar activamente para superarlas. Es, pues, desde esta perspectiva amor *personalizado y hecho a la medida del “otro y sus circunstancias”*.

Desde esa *intonía de sentimientos* con el otro, la *compasión*, al tiempo que despierta y espolea la *solidaridad* con el necesitado, requiere que la persona compasiva sea delicadamente *sensible* –con una sensibilidad a flor de piel– para *intuir, percibir y descubrir* las necesidades del entorno, y sea, al mismo tiempo, *fuerte*, es decir, posea la suficiente entereza y gallardía interior para lejos de quedarse en una mera conmiseración, se sienta impelido a *acercarse* al necesitado, a hacerse próximo suyo, y a ofrecerle desde ahí una ayuda eficaz encaminada a la superación del problema.

Sensibilidad, cercanía y compromiso pasan a ser así dimensiones substanciales de la *compasión*.

El poema evangélico de la compasión está entretejido con estrofas como éstas:

- Un Jesús que multiplica el pan, porque le daba lástima la gente que no tenía que comer y a la que no quería despedir en ayunas, no se fueran a desfallecer por el camino³.
- Un Jesús que sentía compasión de las gentes, pues andaban como ovejas sin pastor⁴.
- Un Jesús que, *movido por la compasión*, se detiene un día junto a la viuda de Naím y otro se encamina a casa de Jairo, para devolver respectivamente a la vida al hijo y a la hija que todos lloraban ya como muertos⁵.
- Un Jesús que llora compungido por Jerusalén⁶.
- O, un Jesús que se estremece y solloza ante la noticia de la muerte de su amigo Lázaro⁷.

³ Cf. Mt. 15, 32.

⁴ Cf. Mc. 6, 34.

⁵ Cf. Lc. 8, 52.

⁶ Cf. Lc. 19, 41.

⁷ Cf. Jn. 11, 35.

Pero las estrofas más expresivas y dicientes las constituyen, sin duda: la que canta la acción de aquel *samaritano*⁸, que viendo al herido a la vera del camino siente compasión y se detiene, llega junto a él –es decir se aproxima y se hace próximo suyo– lo cura, lo monta en su cabalgadura, lo lleva a la posada y se preocupa de su suerte hasta su completa curación⁹, y aquella otra que centra su atención en el gesto de Cristo quien, ante la súplica del leproso, extiende su mano y lo toca, al tiempo que lo cura¹⁰.

Ambas estrofas nos transmiten al unísono el mensaje de la *sensibilidad*, del *compromiso*, y especialmente de la *cercanía* que no pueden faltar en la *compasión*. Reflexionando precisamente sobre la segunda de esas estrofas –la del leproso– decía recientemente el papa Francisco:

- *Acercarse a las personas marginadas, acortar las distancias hasta tocarlas sin miedo de ensuciarse. Esta es la “cercanía cristiana” que nos mostró Jesús liberando al leproso de la enfermedad y también de la exclusión social. Jesús no se quedó inmóvil sin tocarlo, sino que se acercó aún más y le extendió la mano, curándolo.*

“Cercanía” es una palabra muy importante... no se puede hacer el bien sin acercarse. Muchas veces pienso que sea, no digo imposible, sino muy difícil hacer el bien sin ensuciarse las manos.

Bella palabra, esta de cercanía para cada uno de nosotros... Pero ¿sé acercarme? ¿Tengo la fuerza y el valor de tocar a los marginados? ¿Tengo la valentía de acortar distancias, como hizo Jesús¹¹.

Luis Amigó, *corazón compasivo* desde sus primeros años, da repetidamente muestras en sus escritos y acciones de su preocupación misericordiosa ante las necesidades y carencias del entorno. Hay, con todo, un hecho –evocador por otra parte del Buen Samaritano¹²– que manifiesta de forma extraordinaria cómo se identificó en la vida con el valor evangélico de la compasión y cómo, consecuentemente, lo actuó:

- *Pasada la epidemia, se vio que quedaban muchos niños sin amparo por haber muerto sus padres, y movido yo a compasión pensé en que podríamos recogerlos... Consulté el asunto a las Juntas de la Tercera Orden, y sin pérdida de tiempo alquilamos en Masamagrell la casa llamada del Castillo para convertirla en Asilo donde recoger a los niños huérfanos. Salimos luego por la población a recoger algunos muebles que nos ofrecieron, y con varias limosnas que me dieron compramos jergones, sabanas..., y sin*

⁸ El poema bíblico del *Buen Samaritano* es uno de los que clásicamente han inspirado en el amigoniano el mensaje de la compasión (cf. TERCERIARIOS CAPUCHINOS, *Manual de Espiritualidad Amigoniana*, n. 193-195).

⁹ Cf. Lc. 10, 26-37.

¹⁰ Cf. Mt. 8, 1-4.

¹¹ Cf. FRANCISCO, *Homilía en Santa Marta, el 26 de junio de 2015*, en *L'Osservatore Romano (Edición Semanal en lengua española) del 3 de julio de 2015*, p. 11 y 13.

¹² Inspirado precisamente en esta espontánea evocación, cuando en 1985 escribí un pequeño libro sobre la Casa de Masamagrell, que celebraba sus primeros cien años de vida, lo titulé, *De Jerusalén a Jericó*, haciendo así explícita referencia a la *posada del Buen Samaritano*, situada, según el poema, en este trayecto bíblico.

*contar con más recursos, pero confiados en la Divina Providencia... abrimos el Asilo el 9 de agosto del mismo año 1885*¹³.

En la primera tradición pedagógica amigoniana son ya numerosos los textos que hacen referencia a este valor de la *compasión*, como un valor necesario, y aún imprescindible, para *identificarse adecuadamente con el propio ser y hacer*. Entre ellos, y como mero ejemplo, se encuentran éstos:

- *El medio principal, y me atrevería a decir que único, es la caridad en todas sus manifestaciones: benignidad, paciencia...*¹⁴.
- *El verdadero amor se muestra en lo incansable de la solicitud por auxiliar y amparar; en la fidelidad en el guiar y ayudar; en la paciencia en aguardar hasta el tiempo oportuno; en la comprensión con los que yerran; en la caridad que todo lo espera y todo lo perdona y que permanece fiel incluso al que desdeña la ayuda y al que parece ya un caso perdido*¹⁵.
- *Entre las cualidades del Buen educador está, sobre todo, la de amar a los alumnos. Porque sino se les ama, se bastardea el fin de la educación... Quien no sienta latir en su corazón el amor, la **compasión** hacia los pobres muchachos caídos... no tiene vocación para dedicar su existencia a la reforma de la juventud*¹⁶.

2. El poema del acompañamiento

La actuación de Cristo –su pedagogía– tuvo, como uno de los valores más característicos e identificantes el *acompañamiento*. De hecho empezó su enseñanza peripatética, como dice Marcos: *escogiendo a algunos para que estuviesen con él*¹⁷.

Y este valor queda recogido poéticamente en el *poema*, que a mí me gusta denominar, *del acompañamiento* y que recoge el evangelista Juan en torno a la figura del *Buen Pastor*¹⁸, que *conoce* a sus ovejas, las *llama* a cada una por su nombre y *camina* delante de ellas, *no huye* ante las dificultades, se *desvive* por ellas y *comparte* sus alegrías y penas.

También este *poema* ha tenido gran resonancia en la vida y actuación amigoniana, que fiel a las palabras testamentarias del padre Amigó: –*Vosotros, zagales del Buen Pastor*

¹³ AMIGÓ, Luis, *Obras Completas*, n. 86.

¹⁴ Cf. ALACUÁS, Bernardino de, en *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 3.074. Cf. también, n. 3.073.

¹⁵ Cf. PAIPORTA, Jorge de, en *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 11.123.

¹⁶ Cf. TORRENTE, Valentín de, en *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 12.031 y 12.464. Cf. también *ibidem*, n. 12.410.

¹⁷ Cf. Mc. 3, 14.

¹⁸ Cf. Jn. 10, 1-18. Cf. también Mt. 18, 12-14; Lc. 15, 4-7 y TERCARIOS CAPUCHINOS, *Constituciones*, n. 57.

*habéis de ir en pos de la oveja descarriada hasta devolverla al aprisco*¹⁹– ha ido asimilando a su luz, sentimientos y valores tales como:

- a.– El valor de la *empatía*, reflejado en la actitud de llegar a *conocer por vía del corazón* –llegar a *conocer por experiencia la ciencia del corazón humano*, como gustaba decir el padre Amigó–²⁰ mediante la *diaria convivencia*, el *cordial compartir* y la *franca relación personal* entre educadores y alumnos. *El mejor medio para ayudar a los alumnos en su recuperación* –decía en este sentido la primera tradición amigoniana– es “*aconsejar, sufrir, vigilar y llorar con ellos y reír con sus alegrías. Los educadores, pues, deben responder a los alumnos cariñosamente y sin reservas y establecer con ellos esa mutua relación de estima y afecto que suaviza y hace llevaderas las prescripciones del reglamento*”²¹.
- b.– El valor –íntimamente relacionado con el anterior– de la *cercanía*, de la *constante presencia*, del *compartir descomplicado, sencillo y alegre* con sus muchachos, haciendo posible así –educadores y alumnos en sintonía– un verdadero *ambiente de familia* en el cotidiano convivir. Este valor –testimoniado por el Buen Pastor con sus actitudes de *ir delante* y *no abandonar* nunca su rebaño– ha implicado para el educador involucrarse en la vida y actividades de sus alumnos. *Los educadores amigonianos* –ha insistido en este sentido la primera tradición pedagógica– *comen con sus alumnos de la misma olla, con ellos trabajan y con ellos se solazan, tomando parte en sus mismos juegos. Nuestro lema debe ser “el amor que vigila”, entendiendo la vigilancia como protección, o mejor aún, como un latido maternal siempre solícito por sus hijos. En consecuencia, debe de existir en nuestros grupos educativos, tal espíritu de compenetración entre educadores y alumnos que juntos vivan, coman, jueguen, alternen... Para ello, la alegría de carácter del educador es un excelente medio*²².

Ha sido sin duda este valor –siempre en íntima conexión con los otros– el que de una manera especial ha contribuido a hacer de la pedagogía amigoniana, una Pedagogía del *cercano y familiar acompañamiento* y el que ha ido haciendo, a través del tiempo, que los *educadores amigonianos* –dicho con palabras del papa Francisco– *oliesen a oveja*²³

- c.– El valor de la *personalización*, expresado en el poema que nos ocupa en ese *llamar a cada una por su nombre*. Valor que implica “querer a cada uno como es”

¹⁹ Cf. AMIGÓ, Luis, *Obras Completas*, n. 1831 y TERCERARIOS CAPUCHINOS, *Manual de Espiritualidad Amigoniana*, n. 179-186.

²⁰ Cf. AMIGÓ, Luis, *Obras Completas*, n. 2047.

²¹ Cf. ALACUÁS, Bernardino de, en *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 3.008 y ALBORAYA, Domingo de, *ibidem*, n. 6.251.

²² Cf. ALBORAYA, Domingo de, en *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 6.251; TORRENTE, Valentín de, *ibidem*, n. 12.154; CABANES, Vicente, *ibidem*, n. 14.866 y PAIPORTA, Jorge de, *ibidem*, n. 11.126.

²³ FRANCISCO, *Homilía de la Misa Crismal del 2 de abril de 2015*.

o, si se quiere, poseer la suficiente *sensibilidad y arte para personalizar la acción educativa*, procurando ofertar a cada alumno un “tratamiento a la medida”, habida cuenta de su *propia personalidad, con sus luces y sombras, con sus potencialidades y carencias*. Este *tratamiento personalizado y a la medida* –lectura, en clave pedagógica de la misericordia bíblica– implica, además, la voluntad de extremar la dedicación con aquellos alumnos que, dada su situación más delicada o sus carencias más perentorias, necesitan un mayor y más atento acompañamiento.

*La observación y la experiencia han sugerido y sugieren cada día a los educadores... no sólo un régimen general para la buena marcha y armonía de la Escuela, sino también, y principalmente, el régimen particular e individual conforme con el estado de fuerzas, aptitudes, inteligencia... y modo peculiar de ser de cada alumno a fin de no exigirle más de lo que pueda, pero sí todo lo que deba*²⁴.

*La causa de nuestro éxito está en que individualizamos el tratamiento en cuanto es posible; procuramos la pedagogía “a la medida”*²⁵.

*Este alumno –confiesa uno de los más castizos educadores amigonianos, poniendo de manifiesto su capacidad de amar más a quien más lo necesitaba– es el que más me ha hecho practicar la humildad... Yo, cosa que no he hecho con nadie, le concedí los estudios (aunque no los merecía). Por ser más “difícil” tengo que quererlo más*²⁶.

Apliquemos el reglamento –insistía en este mismo sentido otro educador– teniendo más caridad y benevolencia con los menos simpáticos y pobrecitos... ²⁷.

- d.– El valor de la *generosidad*, capaz de *desvivirse* cada día, a ejemplo del Buen Pastor, por aquéllos que le han sido confiados para que éstos *tengan vida y la tengan en abundancia*. Es este valor, sin duda, el que de modo particular capacita al educador amigoniano para vivir en plenitud la propia y total dedicación. Una dedicación que, al decir de la Pedagogía Amigoniana, exige del educador la suficiente capacidad para *no reparar en horas ni demostrar cansancio de estar con sus alumnos, y para hacerles la vida lo más agradable posible*²⁸. *El espíritu de sacrificio* –enseñaba a este respecto la tradición– *es consecuencia del amor. Cuando hay amor es natural que sean vencidos los obstáculos y dificultades que se oponen a la realización de lo que se desea. Los educadores llevan una vida alegre, sacrificando, si hace falta sueño, recreo y*

²⁴ Cf. ALBORAYA, Domingo de, en *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 6.176-6.177. Cf también, TORRENTE, Valentín de, *ibidem*, n. 12.056.

²⁵ Cf. DOS HERMANAS, Bienvenido de, en *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 9.139.

²⁶ Cf. ALQUERÍA DE LA CONDESA, Lorenzo de, en *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 8.043.

²⁷ Cf. VALENCIA, Javier M^a de, en *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 5.044.

²⁸ Cf. LEGISLACIÓN Y GOBIERNO, en *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 0.106 y 0.170 y TORRENTE, Valentín de, *ibidem*, n. 12.543 D y E.

*comodidades, a fin de apacentar, como zagales, los niños y jóvenes que les han sido confiados*²⁹.

- e.— El valor de la *coherencia* y del *testimonio*, que es capaz de convertir a los educadores —como en su poema se dice del Buen Pastor— en *camino* para sus alumnos, al hacerse para ellos, *personas creíbles* por su integridad.

*La palanca para conseguir buenos resultados en educación —enseñaba la primera tradición amigoniana— es el ejemplo vivo y personal del propio educador. No se debe obligar al alumno a ejecutar trabajo alguno por sí solo, nunca se le debe decir “haz esto”, sino “hagamos esto”. El educador debe trabajar con el alumno, llevando siempre la peor parte. El discurso vence, pero el ejemplo arrastra. Id delante de vuestros alumnos —insistía por su parte el padre Amigó— con el ejemplo, que es el mejor predicador y cuya fuerza de persuadir es irresistible*³⁰

- f.— Y, finalmente, el valor de la *fortaleza*, *entereza interior*, o, si se prefiere, *resiliencia*, imprescindible, tanto para *no huir* ante las dificultades —para *no huir de los empeños inherentes a la propia misión educadora*, como ininterrumpidamente ha venido señalando la tradición amigoniana³¹— manteniéndose de pie y firme ante las dificultades que, día a día, trae consigo todo proceso educativo —y en particular cuando se trata de acompañar personas que, por los traumas padecidos, presentan mayores resistencias—, como imprescindible también para vivir la propia entrega con la *generosidad* que arriba se ha señalado y con una *fidelidad* incondicional e inquebrantable hacia los propios alumnos. *No temáis perecer en los despeñaderos y precipicios en que muchas veces os habréis de poner para salvar la oveja perdida*³². *Bastante ejercicio (de fortaleza) es para un amigoniano la fiel adaptación de su persona, en cuerpo y alma, al espíritu de sacrificio que exige y supone su ardua misión. El amigoniano, dedicado por vocación y animado por la fe y entusiasmo que siente y alimenta por la consoladora misión que se ha impuesto, no perdona medio ni sacrificio para conseguir el fin que persigue*³³.

²⁹ Cf. TORRENTE, Valentín de, en *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 12.464, 12.114 y 12.410 y SEDAVÍ, José M^a de, *ibidem*, n. 2.042.

³⁰ Cf. ALBORAYA, Domingo de, en *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 6.033-6.034 y AMIGÓ, Luis, *Obras Completas*, n. 1087, 1805 y 1816.

³¹ Cf. AMIGÓ, Luis, *Obras Completas*, n. 1827 y TERCARIOS CAPUCHINOS, *Constituciones de 1995*, n. 52 y *Manual de Espiritualidad Amigoniana*, n. 101 y 161.

³² Cf. AMIGÓ, Luis, *Obras Completas*, n. 1831.

³³ Cf. LEGISLACIÓN Y GOBIERNO, en *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 0.110 y ALBORAYA, Domingo de, *ibidem*, n. 6.166. Cf. también, SEDAVÍ, José M^a de, *ibidem*, n. 2.042; TORRENTE, Valentín de, *ibidem*, n. 12.114, 12.410 y 12.464 y TERCARIOS CAPUCHINOS, *Manual de 1911*, n. 221.

3. *El poema de la esperanza*

Ya los profetas judíos tienen relatos que son un verdadero canto a la *esperanza*, a la esperanza de que las cosas, las situaciones, y sobre todo las *personas* pueden cambiar y mejorar. Uno de los relatos –muy familiar por cierto en la tradición amigoniana³⁴– es aquel cuya narración se sitúa en un *valle de huesos secos*³⁵. Huesos secos que quieren representar a una humanidad que se ve y reconoce sin vitalidad y, lo más triste de todo, no tiene el más mínimo atisbo de *esperanza*. Pero, contra todo pronóstico y previsión, esa *humanidad* sin vida –esos huesos secos– acabarán volviendo a la vida y recuperarán renovada su esperanza.

Con todo, es en el evangelio donde con más nitidez se trasmite la fe en que las situaciones y personas siempre pueden cambiar y nunca puede darse un caso por perdido. Por su propia naturaleza, el *evangelio* es todo el un *canto a la esperanza*, pues cada una de sus páginas constituye una *buena nueva* de liberación de toda esclavitud, de todo signo de muerte.

Aún así, hay en él expresiones que, de una forma más explícita aluden a la *esperanza*, y que muy bien pueden considerarse como *especiales estrofas* del *poema evangélico de la esperanza*. Entre otras, quiero destacar aquí y ahora las siguientes:

- *Dios puede sacar de las piedras, hijos de Abraham*³⁶.
- *La caña cascada no la quebrarás, ni apagarás la mecha humeante*³⁷.
- *Por la entrañable misericordia de nuestro Dios, nos visitará el sol que nace de lo alto, para iluminar a los que viven en tinieblas y guiar nuestros pasos por el camino de la paz*³⁸.
- Y sobre todo, este grito de Cristo, que constituye, sin duda, el *credo supremo* en una vida siempre abierta a la esperanza: “*Yo soy a resurrección y la vida, el que cree en mí, aunque muera, vivirá y el que está vivo, no morirá jamás*”³⁹.

Ese *credo* en las infinitas posibilidades de la humanidad como tal, y del hombre concreto en particular, en cambiar, mejorar y regenerarse ha sido reflexionado de modo particular por la tradición amigoniana a través del relato que cuenta la *resurrección* del hijo de la viuda de Naím⁴⁰. Inspirado precisamente en él, los amigonianos han sabido decir a todos y cada uno de sus alumnos: *joven, levántate* o si se quiere: *ánimo, muchacho, nada está perdido, tienes toda la vida por delante y tienes suficientes recursos*

³⁴ Ya en 1902, en el *Triduo de Acción* de gracias celebrado en la Casa de Monte-Sión de Torrent, para agradecer a Dios la Aprobación Pontificia de la Congregación, uno de los predicadores centró su reflexión en este texto e incitó desde él a los primeros amigonianos a no perder nunca la *esperanza* en la recuperación de sus alumnos, por muy desesperada que pudiera parecer de momento su situación personal (cf. en ROCA, Tomás, *Historia de la Congregación*, T. VI, vol. I, p. 649).

³⁵ Cf. Ez. 37, 1-4.

³⁶ Cf. Mt. 3, 9.

³⁷ Cf. Mt. 12, 20.

³⁸ Cf. Lc. 1, 78-79.

³⁹ Cf. Jn. 11, 25-26.

⁴⁰ Cf. Lc. 7, 11-17.

personales para rehacer tu vida. Y estas palabras y sentimientos han posibilitado, de alguna manera, que muchos de ellos hayan gritado en silencio desde su más íntima intimidad: *me levantaré*⁴¹ y hayan emprendido, como el hijo pequeño del poema evangélico del padre misericordioso, un nuevo y luminoso viaje en su vida.

Son varios los textos de la antigua tradición pedagógica amigoniana que apuntan en ese sentido e invitan a no perder nunca la *esperanza en la feliz recuperación* de cada uno de sus alumnos, e incluso a *esperar, contra toda humana esperanza*, en que no hay ningún caso imposible.

El verdadero amor se manifiesta –escribía uno de los pioneros de la Pedagogía Amigoniana– *en que todo lo espera y todo lo perdona y que permanece fiel incluso al que desdeña la ayuda y al que parece ya un caso perdido*⁴². Dos palabras –escribía otro de los educadores de primera hora– *sobre los incorregibles ¿Sabéis quiénes son los incorregibles? Algunos llaman así a aquellos alumnos que, por tener una voluntad muy obstinada en el mal, no dan esperanzas de corrección. Pero decidirme sinceramente: ¿cuándo se puede decir con verdad que un alumno es incorregible? Sólo cuando se hubieran agotado todos los recursos de la “ciencia y de la gracia”, se podría hablar así. Pero ¿quién será el osado que se atreva a asegurar que él ha empleado todos los recursos que le ofrece la ciencia?... Además, no es propio de buenos educadores calificar así a la ligera, sino de educadores bisonños, quienes, muchas veces sin suficientes elementos de juicio, adelantan criterios ofensivos... Yo, en veinte años como educador, jamás me he atrevido a llamar “incorregible” a un alumno*⁴³.

4. El poema de la inclusión

“Jesús jamás margina a nadie, jamás”. Es más, “se margina a sí mismo para incluir a los marginados”. Así reflexionaba recientemente el papa Francisco⁴⁴. Y la verdad es que Cristo se presenta constantemente ante sus coetáneos como un gran *maestro de inclusión*. Hay no obstante frases, dichos y actuaciones del propio Cristo que, de forma especial, ponen de manifiesto su viva preocupación por integrar, por incluir en el normal entramado social a los marginados, a los excluidos. Entre tales dichos y actuaciones se pueden resaltar éstos:

- Frases, como: “no he venido a llamar justos, sino pecadores”⁴⁵; “no necesitan de médico los sanos, sino los enfermos”⁴⁶; “he venido a buscar lo que estaba perdido”⁴⁷, o “venid a mi todos los que estáis cansados o agobiados y yo os aliviaré”⁴⁸...

⁴¹ Cf. Lc. 15, 18.

⁴² Cf. PAIPORTA, Jorge de, en *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 11.123.

⁴³ Cf. TORRENTE, Valentín de, en *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 12.009.

⁴⁴ Cf. FRANCISCO, *Homilía en Santa Marta, el 26 de junio de 2015*, en *L'Osservatore Romano (Edición Semanal en lengua española) del 3 de julio de 2015*, p. 13.

⁴⁵ Cf. Mt. 9, 12, Mc. 2, 17 y Lc. 5, 32.

⁴⁶ Cf. Mt. 9, 12, Mc. 2, 17 y Lc. 5, 31.

- Gestos, como *sentarse a comer con publicanos y pecadores*⁴⁹; *sentarse al lado de la samaritana y dialogar con ella con normalidad*⁵⁰, *entrar en casa de Zaqueo*⁵¹, *perdonar a la pecadora y a la adúltera*, porque valora más a la persona y su amor, que sus hechos⁵², o *tocar al leproso* que se le acerca buscando ser sanado⁵³.
- O *sentencias* tales como: “*los publicanos y prostitutas os precederán en el Reino de Dios*”⁵⁴.

No obstante, entre esos y otros muchos textos evangélicos que muestran bien a las claras la prioritaria preocupación de Cristo por los marginados y excluidos, quisiera resaltar el texto que yo considero paradigmático al respecto y que –a mi modo de ver– constituye un *verdadero poema a la inclusión*⁵⁵. Este poema –que, desde el magisterio del propio padre Amigó⁵⁶, ha servido también de inspiración e iluminación permanente y creciente para el *ser y quehacer amigoniano*– está dividido en tres actos o escenas. En una presenta el caso de una *oveja perdida*, en la otra, el de una *moneda extraviada* y en la tercera, *el de un hijo que se autoexcluye de su familia*. Esta división del *único poema* en un sugerente *tríptico* nos resalta, en primer lugar, el valor de la *personalización* en el proceso pedagógico –que ya se ha visto anteriormente a la luz de la figura del *Buen Pastor*, llamando a cada oveja por su nombre– por cuanto que pone de manifiesto que cada situación requiere un tratamiento a la medida. Hay quien necesita que se vaya tras de él para buscarle allí donde se ha ido. Otros, para ser encontrados, necesitan que se mejore, que se limpie, el propio ambiente doméstico o el entorno social más cercano. Y otros que necesitan tiempo y sólo con paciencia, activa espera y con cariñosa acogida se favorece su recuperación.

Lo importante, sin embargo, aquí y ahora es el mensaje que el *poema* nos presenta en aquello que coincide en sus tres escenas. En las tres aparece *un bien perdido*; en las tres, aparece también una *actitud positiva*, por parte de quien ha perdido ese bien, encaminada a la *recuperación* del mismo, y en las tres se *celebra* una *fiesta* con amigos, conocidos, vecinos, familia... Esa fiesta es un signo explícito de *acogida* incondicional y quiere indicar, de alguna manera, que la *recuperación* del bien perdido no es tal, en tanto no se produce una *inclusión social* del mismo.

Ahora bien, la *acogida*, la *fiesta* –porque la acogida en si misma ya es un inicio de la celebración– no es igual en las tres escenas. En la primera la acogida se expresa con el

⁴⁷ Cf. Mt. 18, 11 y Lc. 19, 10.

⁴⁸ Cf. Mt. 11, 28.

⁴⁹ Cf. Mt. 9, 10-13, Mc. 2, 1-12 y Lc. 5, 17-26.

⁵⁰ Cf. Jn. 4, 7-30.

⁵¹ Cf. Lc. 19, 1-10.

⁵² Cf. Lc. 7, 36-50 y Jn. 8, 1-11.

⁵³ Cf. Mt. 8, 1-4, Mc. 1, 40-45 y Lc. 5, 12-14.

⁵⁴ Cf. Mt. 21, 31.

⁵⁵ Cf. Lc. 15, 1-32.

⁵⁶ Cf. AMIGÓ, Luis, *Obras Completas*, n. 389, 399, 471, 533, 653, 675, 860, 881 y TERCIARIOS CAPUCHINOS, *Manual de Espiritualidad Amigoniana*, n. 189-192.

detalle de poner la *oveja sobre sus hombros*; en la segunda, en el *exquisito cuidado que la mujer pone a la hora de barrer*, y en la tercera, e el hecho de que el padre acoge a su hijo pequeño, *corriendo conmovido a su encuentro, abrazándolo y besándolo efusivamente, no haciéndole recriminaciones ni preguntas, calzándole y vistiéndolo como el hijo que nunca dejó ser para él, mostrándole una alegría desbordante por su recuperación, y finalmente, organizándole la fiesta de bienvenida social.*

En consecuencia con todo este mensaje de la *inclusión* que trasmite el presente *poema*, la pedagogía amigoniana ha sido consciente, desde sus inicios, que debía de *educar para la vida*, es decir, para que sus alumnos pudieran insertarse de nuevo, de la forma más positiva posible, en el entramo familiar, social, laboral... “*Hemos de preparar a los jóvenes para la vida* –decía en este sentido uno de los primeros educadores amigonianos–. *Nuestro objetivo no es formar o reformar su conducta para que vivan en el claustro, sino para vivir en el mundo, en el medio y en el ambiente en que se han de desenvolver...*”⁵⁷.

Pero también ha sido consciente de que esa *fiesta final* de la *feliz inserción* debía comenzar necesariamente por hacer de la *acogida primera*, el inicio de la celebración festiva:

- *Desde el momento que ingresa un alumno* –se decía ya en 1906– *debe ser objeto de cuantas atenciones necesite, sin escatimarle nunca el cariño. Sea quien fuere el alumno ingresado* –se lee en otro texto– *hay que recibirlo con cariño... Y la afabilidad se ha de extremar más, en la acogida dispensada a aquellos que han sido tratados mal y no han gozado de la legítima alegría... El educador que recibe con desdén a un alumno, sin palabras de cariño y aliento..., está cerrando las puertas del corazón de ese alumno*⁵⁸.
- *Es de suma importancia* –se insistía aún– *que el alumno encuentre entre nosotros esa acogida atenta, ese cariño, que le hace abrir las puertas de su corazón... Recíbasele, pues, con muestras de gran simpatía. Ninguna de sus cosas ha de ser mirada con indiferencia por el educador, antes por el contrario, muéstrese solícito y afanoso por servirle... muéstrole un verdadero amor por su reforma, por su bien*⁵⁹.

Atisbando el futuro

Hasta aquí, hemos venido profundizando en el *ser y hacer amigoniano*, fundados principalmente en las vivencias, experiencias y actuaciones de los primeros educadores de esta nueva Escuela Pedagógica.

⁵⁷ Cf. TORRENTE, Valentín de, en *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 12.401 y 12.448.

⁵⁸ Cf. ALBORAYA, Domingo de, en *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 6.248 y PAIPORTA, Jorge de, *ibidem*, n. 11.152.

⁵⁹ Cf. TORRENTE, Valentín de, en *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 12.064 y 12.420-12.421. Cf. también CABANES, Vicente, *ibidem*, n. 14.204 y 14.866.

Hay que reseñar, no obstante, que esa profundización nos ha servido para acercarnos al *ideal del ser y hacer amigoniano* o, si se prefiere, a un *ser y hacer idealizado*.

La realidad histórica, hay que reconocerlo no siempre fue así. Es más, muchas veces –y en unas épocas más que en otras y en algunas personas más que en otras– *realidad e ideal* eran irreconocibles entre sí. No todo fue siempre tan bonito, como se pudiera colegir de los textos mismos. Pero es innegable que éstos nos sirven para conocer al menos cuál fue –y de alguna forma continúa siendo– el ideal del sentimiento pedagógico amigoniano, tal como la primera tradición lo fue formulando a partir de la inspiración espiritual propia de la Congregación.

Como conclusión, me gustaría apuntar algunos retos de cara al futuro, un futuro que, de alguna forma, ya ha comenzado:

1. ¿Cuáles de los *valores* aquí profundizados –*compasión, cercanía y acompañamiento educativo, constante presencia, compartir descomplicado, sencillez, alegría y familiar con los alumnos, generosidad en la entrega, coherencia y testimonio, fortaleza, esperanza y optimismo...*– deben ser mantenidos en su fuerza *substancial* por ser esenciales a la *identidad y actividad amigoniana*?
2. ¿Cuáles de esos mismos valores deben ser *matizados* o incluso *reformulados* ante los grandes cambios experimentados: *tipología propia de los alumnos tratados* (es evidente que no son las mismas las problemáticas de los muchachos atendidos en los inicios del caminar amigoniano, que ahora); *distintos tipos de centros educativos; cambios profundos en la legislación del menor; profundos cambios sociales que han contribuido a una mayor y mejor profesionalización de los educadores*, que por otra parte, ya no son ni exclusiva ni mayoritariamente religiosos, como sucedía tan solo algunas décadas, sino que son principalmente seculares con su propia vida familiar y social y, consecuentemente, con jornadas laborables ceñidas a un horario?
3. ¿Cómo mantener, en medio de una cultura cada vez más *laica*, el *sentimiento pedagógico amigoniano*, que en sus inicios hundió sus raíces y bebió su vitalidad en el hecho religioso? ¿Cómo transmitirlo? ¿Cómo seguirlo alimentando y fortaleciendo?

Preguntas y más preguntas... ¡ojalá nos puedan ayudar a encontrar las respuestas adecuadas!

Gracias, muchas gracias a todos.

EPLA, a 20 de agosto de 2015

Juan Antonio Vives Aguilera